



EL VALOR Y LA VIDA ESPIRITUAL DE LOS NIÑOS

Informe Final

98va Asamblea Internacional

Comité de Doctrina Bíblica
y Gobierno de la Asamblea
Iglesia de Dios de la Profecía



El Valor y la Vida Espiritual de los Niños

Prefacio

Este escrito tiene el propósito de contribuir al desarrollo de una declaración teológica sana y concisa con respecto al valor de los niños y la vida espiritual de los mismos en la Iglesia de Dios de la Profecía (IDP) a nivel mundial. La tarea encomendada al Comité de Asamblea de Doctrina Bíblica y Gobierno (DBG) y al Comité del Ministerio Internacional de Niños (MIN) es de carácter multifacético, especialmente cuando se consideran las muchas culturas, países y etnias que operan en la IDP.

Introducción

Las realidades y los desafíos que la iglesia enfrenta hoy, con respecto a los valores y la actitud de la cultura actual para con los niños, no se diferencian de las realidades y desafíos a los cuales se enfrentó el pueblo de Dios con respecto a los niños en la Biblia. Los niños han sido, y siguen siendo, las personas más pequeñas, débiles y vulnerables de la sociedad. Son presa fácil de la explotación, y son las víctimas principales del abuso emocional, físico y sexual. A menudo, también son silenciados, tratados como ignorantes o inferiores, y tenidos por ciudadanos de segunda clase en la sociedad. Aunque se haya logrado cierto progreso a la luz de los derechos de los niños, existe todavía la aceptada norma cultural de ignorar a “estos pequeñitos”. A veces la iglesia ha permitido que la cultura dicte cuál ha de ser nuestro concepto de los niños, aun hasta el punto de limitar nuestro concepto sobre el lugar de los niños en el reino de Dios. Como miembros del cuerpo de Cristo, afirmamos que los seres humanos son una creación única y distinta de Dios, puesto que cada persona es creada a la imagen de Dios (Génesis 1:27). Con todo, aunque afirmemos la imagen de Dios en los niños, es posible que no valoricemos a los tales como personas, ni tampoco su vida espiritual. Esta falta de integración se hace evidente en los modelos de ministerio que se emplean en la iglesia de hoy.

La meta de este proyecto es desafiar a cada persona e iglesia a evaluar su perspectiva actual del valor y la vida espiritual de los niños, de manera que esa perspectiva refleje el compromiso de Dios para con cada niño. A medida que un niño madure emocional, física y mentalmente, se le deben dar también los recursos [necesarios] para que madure espiritualmente. Esta investigación habrá de examinar el testimonio de la Biblia, de la historia y de la praxis con el fin de desarrollar una teología sana para la Iglesia de Dios de la Profecía con respecto al valor y la vida espiritual de los niños. La sección sobre el testimonio de la Biblia tiene el objetivo de presentar [algunos] ejemplos de los niños en la Biblia, y explicar la perspectiva de Dios. También explicará la importancia de que Dios se hiciera niño, además de explicar cómo trató Jesús a los niños en el Nuevo Testamento. La sección sobre el testimonio de la historia analizará el concepto que la iglesia ha tenido de los niños a través de la historia, especialmente en los primeros años de la IDP. La sección sobre el testimonio de la praxis dará pruebas específicas de que a los niños se les debe dar una formación espiritual, y de que pueden recibir la salvación, ser bautizados [en agua], ser llenos del Espíritu Santo, y ministrar en el cuerpo eclesial y la comunidad. Estos tres aspectos son las piedras angulares sobre las cuales se basa una teología que ciertamente valore a los niños y la vida espiritual de ellos. [N. del T.— En este documento, a menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera Antigua, revisión de 1909 (RVA 1909)].

El Testimonio de la Biblia

Los Niños a la Imagen de Dios

Desde los primeros instantes de la existencia de la humanidad, podemos ver la realidad de una gran diferencia que existe entre los seres humanos y el resto de la creación. Esta sublime distinción fue una decisión tomada en el concilio eterno del Dios Trino.

Y dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imagen, conforme á nuestra semejanza; y señoree en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra (Génesis 1:26, RVA 1909).

Adán y Eva fueron creados a imagen de Dios. Estas palabras dan enseguida el contexto de la relación de la humanidad con Dios y con el resto de la creación. Había una posibilidad única de una relación y liderazgo sobre la creación. Al mismo tiempo, había un potencial para la intimidad y la relación personal con Dios mismo. La humanidad, aunque vivía completamente en el ámbito terrenal, también era capaz de [tener comunión con] el ámbito celestial.

En el Salmo 8:4, 5 (RVA 1909), David reflexiona en estas preguntas sobre la atención especial que Dios le da a la humanidad:

Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, que lo visites? Pues le has hecho poco menor que los ángeles, y coronástelo de gloria y de lustre.¹

Aunque se hallaba estupefacto por el interés de Dios por la humanidad, David proclama que Dios la ha coronado de gloria. Para David, esta no era solamente una realidad pasada, sino también presente. Dios sigue coronando de gloria a la humanidad. Esto parece señalar la eterna importancia que Él confiere a cada miembro de la raza humana. Dios se deleita con nosotros mucho más que con el resto de la creación terrenal, y nos atiende y cuida fielmente. En el Salmo 139:15, 16 (RVA 1909), a medida que David sigue tratando de comprender su valor, se nos revela el alcance de este interés incondicional de parte de Dios:

No fué encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fuí formado, y compaginado en lo más bajo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.²

La atención de Dios comenzó desde antes del nacimiento de David, e incluyó cada día de su vida. Dios ya lo conocía como el piadoso rey de Israel, como el hombre que estaba dispuesto a ceder a la tentación, y como el joven pastor de ovejas. La atención de Dios fue continua y decisiva. Sin embargo, David no es un caso aislado ni tampoco un caso único. De igual manera, Dios se interesa por todas las personas. Este interés no se basa en sexo, raza o edad. Nunca nos encontraremos con un ser humano por el cual Dios no se interese eternamente. Al igual que todos los [demás] seres humanos, los niños fueron creados a imagen de Dios. Él los ama porque

son creación Suya, sin importar la edad que tengan. Esta es la base de nuestro valor como seres humanos: nuestro Creador nos ama de manera inigualada.

La Mayordomía de los Niños

Esta posición inigualada de la humanidad es descrita como la de un mayordomo. Hemos sido puestos aquí para que actuemos en nombre de Dios, con Su creación, a fin de edificar, servir y dirigir para Él. En esta posición exaltada hay una enorme responsabilidad, y tendremos que rendir cuentas por ella. No obstante, todas las cosas son posesión de Dios.

“De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Salmo 24:1, RVA 1909).³ Se incluye a los niños en esta relación de mayordomía. Verdaderamente, los niños no son “nuestros”. No somos propietarios, sino mayordomos. Dios ha puesto a los niños bajo el cuidado de los adultos a fin de cumplir así Su propósito. Jesús revela esta realidad cuando, a los doce años de edad, Él comprende que María y José eran los mayordomos del Padre. Lucas declara que Jesús continuó estando sujeto al liderazgo de ellos como mayordomos:

Entonces él les dice: ¿Qué hay? ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar? Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. Y descendió con ellos, y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos... (Lucas 2:49-51, RVA 1909).

Este concepto de mayordomía, en lugar de posesión, presenta un desafío a las presuposiciones culturales de la crianza y al compromiso de la iglesia para con los niños. Rendiremos cuentas por toda nuestra mayordomía, incluyendo nuestra mayordomía de los niños. Esto se describe claramente en Mateo 25:19 (RVA 1909), la parábola de los talentos: “Y después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos, é hizo cuentas con ellos”.

¿Acaso hay algo que sea más importante que servir y cuidar de estos pequeñitos que llevan la imagen de Dios? ¿Acaso no son ellos también los agentes de Dios para la edificación de Su reino?

Dios como Protector y Defensor

Dios es un Creador atento que responde a las situaciones difíciles de los niños. En el Antiguo Testamento, hay numerosas referencias al infanticidio, al sacrificio de niños, e incluso al canibalismo infantil en tiempos de guerra.⁴ Las Escrituras dicen claramente que Dios aborrece tales prácticas, y que las mismas se originaron por causa de la maldad del ser humano. Sin embargo, hay dos casos que demuestran la voluntad de Dios de salvar la vida de los niños por medio de la combinación de esfuerzos divinos y humanos.

El primer ejemplo es el caso de Ismael, el primogénito de Abraham. Ismael fue producto de la mala interpretación —por parte de Abraham— del pacto y la promesa de Dios. Más tarde, el niño Ismael fue expulsado de la morada de su padre terrenal y, para colmo, estuvo a punto de morir en el desierto. Sin embargo, Dios no lo ignora:

Y oyó Dios la voz del muchacho; y el ángel de Dios llamó á Agar desde el cielo, y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está (Génesis 21:17, RVA 1909).

El versículo 16 declara que Agar era la que estaba llorando, pero Dios fue movido a misericordia por causa de la voz de Ismael. El nombre de Ismael significa “Dios oye”; así que tiene un poderoso significado profético para la vida de este muchacho. Esta historia es importante porque demuestra el amor de Dios por todos los niños, y no sólo por aquéllos que creamos ser importantes o dignos. En este relato, “Dios toma parte en la vida de un niño no escogido”.⁵

El segundo ejemplo es el pueblo escogido de Dios, los israelitas. En Éxodo 1 nos encontramos con el infanticidio de los varones hebreos, realizado por orden de Faraón, el cual temía al potencial de las futuras generaciones. Faraón ordena a las parteras a destruir a todos los varoncitos hebreos al momento de nacer. Sin embargo, las parteras se arriesgaron a no obedecer esta orden porque temían a Dios. Éxodo 1:20 dice que Dios colmó de bendiciones a las parteras por esta valiente acción de aliarse con Él en la protección de los niños.

En el ejemplo del niño no escogido, y en el ejemplo de los niños escogidos, vemos que Dios no muestra parcialidad en lo que concierne a la defensa de los miembros más vulnerables de la sociedad. El Salmo 82:3, 4 (RVA 1909) nos hace esta exhortación: “Defended al pobre y al huérfano: Haced justicia al afligido y al menesteroso. Librad al afligido y al necesitado: Libradlo de mano de los impíos”. El comportamiento de un adulto para con los niños debe emular el comportamiento de Dios para con los niños. Dios desea y “necesita” instrumentos humanos para el cuidado de niños en situaciones de peligro sin importar la raza, clase social o sexo al que pertenezcan. Si Agar no hubiera velado por su hijo [Ismael], o si las parteras [egipcias] no hubieran perdonado la vida a los varoncitos hebreos, el destino de estos niños y de sus familias hubiera sido muy distinto. Por ende, como iglesia, no solamente debemos considerarnos como los agentes con quienes Dios obra, sino que como Faraón, también debemos ver el potencial que aun los infantes traen a nuestra comunidad. Sin embargo, a diferencia de Faraón, debemos ofrecerles vida en vez de muerte (espiritual).

Los Niños [son] Apartados

Tal como Dios usa a los adultos para realizar la obra del reino en este mundo, Él también escoge a niños para llevar a cabo el plan divino. En varias ocasiones, los niños fueron apartados para un propósito específico que estaba ligado al destino de Israel. En Éxodo, se da énfasis al nacimiento y rescate de Moisés, cuya vida está íntimamente ligada con la historia de Israel. Miriam, la hermana de Moisés, es usada por Dios para garantizar el bienestar de Moisés tras ser sacado de las aguas del Nilo por la hija de Faraón. Ella logró esto por su valentía al hablar con la hija del opresor. El rol que Miriam desempeñó en la vida de su hermano también tuvo un efecto perenne en el destino de los hebreos.

La historia de la mujer estéril y la intervención de Dios para darle hijos es un tema recurrente a través del Antiguo Testamento. Tanto Sansón como Samuel son productos de esta tradición, y ambos fueron apartados para un propósito. Sansón, desde su infancia, fue apartado por Dios para dar comienzo a la liberación de Israel del yugo filisteo. La elección de Sansón, por parte de Dios, debía ser ilustrada mediante su compromiso con el voto de nazareo por toda la vida (Jueces 13:4, 5). Por lo tanto, podemos ver a Dios obrando en la vida de Sansón desde una temprana edad.

Samuel también fue apartado desde una temprana edad, en una época sombría en la historia de Israel. En 1 Samuel 3:1 (RVA 1909) leemos específicamente que “[...] la palabra de Jehová era de estima en aquellos días; no había visión manifiesta”. Sin embargo, Dios le habla directamente al niño Samuel para confirmar la profecía de juicio que le había sido dada al sumo

sacerdote Elí. Este acontecimiento revela que, aun desde niño, Samuel fue usado por Dios en el oficio de profeta, el cual habría de ejercer por el resto de su vida.

Estos dos ejemplos enfatizan aun más que Dios decide apartar a los niños para un propósito divino. En ambos casos, no se puede ignorar el rol que estos niños desempeñaron en la vida de Israel. No nos debe causar sorpresa el que Dios hable a los niños. Y nosotros, como iglesia, debemos educarlos para que tengan la capacidad de reconocer esa voz, lo cual les permite participar en la vida de nuestra comunidad de fe.

Dios con Nosotros

El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). La realidad de la encarnación, que Dios vino a ser uno de nosotros, aumenta nuestra comprensión del valor y la dignidad del ser humano. El Dios eterno vino a ser un bebé vulnerable durante una época peligrosa para los bebés varones (Mateo 2:16-18). Dios no solamente decidió convertirse en un ser humano, sino que se convirtió en un bebé que habría de pasar por las etapas de la niñez, comprendiendo la plenitud de la experiencia humana. Él habría de experimentar los “dolores de crecimiento” propios de la niñez —incluidos su confusión, proceso de aprendizaje, y maduración emocional y espiritual—. Lucas 2:40 (RVA 1909) nos dice que “el niño crecía, y fortalecía, y se henchía de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él”.

Aunque la fe cristiana ha utilizado la encarnación para decir que cada ser humano tiene dignidad y valor, a menudo se deja a los niños fuera de esta ecuación debido a que se le da muy poco énfasis al niño Jesús.⁶ No obstante, debemos entender que los niños —desde el nacimiento hasta el fin de la niñez— tienen la misma dignidad y valor que los adultos. No es fortuito el que Dios decidiera participar en todas nuestras experiencias humanas. El hecho de que Dios, el Creador del universo, se hiciera niño nos lleva a reconocer el valor de los niños [que están] entre nosotros. Así que, la encarnación lleva implícita la afirmación del valor que Dios da a todos los seres humanos, pero destaca de manera especial la dignidad de los niños.⁷

Los Niños y el Reino de Dios

Los evangelios registran las declaraciones de Jesús concernientes a la pregunta: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?” (Mateo 18:1-5; Marcos 9:33-37; Lucas 9:46-48). En el mundo romano, la noción de “la grandeza” o de ser “el mayor” tenía que ver con el prestigio, las riquezas y el poder en la élite imperial. La reacción de los discípulos para con los niños y los bebés que eran traídos a Jesús (Lucas 18:15-17) demuestra que su concepto de los niños no se diferenciaba mucho del concepto romano. No concebían que los bebés o niños tuviesen valor suficiente como para ser prioridad en la apretada agenda de Jesús. Tal parece que los veían como un estorbo que se debía quitar de en medio. Jesús contesta la pregunta “¿Quién es el mayor?” con la ilustración de un niño. Él acepta en Su reino a los humildes, a los que sirven a los demás, y a los más pequeñitos. Jesús está haciendo una declaración asombrosa y anticultural al poner un niño en medio de ellos, al cual se consideraba como “excluido de la sociedad adulta y masculina, impotente, sin recursos económicos, vulnerable, impredecible, amenazador (y) sumiso”.⁸

Esta contestación de seguro que causó una gran sorpresa a los que le escuchaban. El reino [de los cielos] se compone de aquéllos que retienen la fe sencilla y la humildad. Todos los adultos y los niños que posean esta fe sencilla, son recibidos en Su reino. Por lo tanto, los niños siguen siendo ejemplo del tipo de corazón que se requiere para entrar en el reino.

La iglesia de hoy también puede concebir a los niños como seres molestos que no pueden comprender plenamente el evangelio de Dios. Pero Jesús nos invita hoy a redefinir nuestro concepto sobre el reino de Dios. El reino de Jesús no consiste en aquéllos a quienes el mundo tenga por dignos, sino en aquéllos que aceptan ser humildes y servidores, sin importar la edad que tengan. Para ser partícipes en Su reino, tenemos que llegar a ser “como niños”.

El Testimonio Histórico

La Iglesia Antigua y los Niños

En contraposición con la condición desvalorizada de los niños en el mundo antiguo, la iglesia antigua consideraba que la incorporación de los niños en la vida de la iglesia tenía una importancia vital. Claro está, el proceso de incorporación comenzaba con el bautismo y la participación en la Eucaristía. Pero la Reforma cuestionó y cambió los conceptos de las prácticas sacramentales de la iglesia en la tradición protestante, en lo que respecta a los niños.

Los escritos de los primeros Padres de la Iglesia contienen una gran cantidad de información que dio forma a la doctrina de la iglesia con respecto al lugar de los niños en la tradición cristiana. Gregorio de Nacianzo escribió: “¿Tiene usted niños pequeños? No permita que el pecado tenga la oportunidad de apoderarse de ellos. Deje que el infante sea santificado desde la niñez; deje que el Espíritu lo consagre desde una edad temprana”.⁹ Con respecto a la obra salvífica de Cristo, Ireneo dijo:

Porque vino a salvar a todos: y digo a todos, es decir, a cuantos por él renacen para Dios, sean bebés, niños, adolescentes, jóvenes o adultos. Por eso quiso pasar por todas las edades: para hacerse bebé con los bebés, a fin de santificar a los bebés; niño con los niños, a fin de santificar su edad [...] para ser el Maestro perfecto de todos, no sólo con respecto a la enseñanza de la verdad, sino también con respecto a todas las etapas de la vida.¹⁰

A Juan Crisóstomo se le considera el más prolífico de los primeros Padres de la Iglesia. Se quedó huérfano desde una edad temprana, y fue criado con una formación cristiana, lo cual tuvo una gran influencia en su vida y en su interés por el bienestar de los niños. Él dice: “Tener hijos es una cuestión de la naturaleza, pero criarlos con valores es una cuestión de la mente y de la voluntad”.¹¹ Habló contra la indiferencia hacia los niños en la sociedad, puesto que ésta los consideraba como simples peones en la búsqueda individualista de las riquezas y el poder. También hizo este señalamiento:

La ruina de la sociedad se origina en esta indiferencia hacia los niños. Muchos procuran preservar sus posesiones, pero no procuran preservar las almas que tienen bajo su cuidado.¹²

La opinión teológica de Crisóstomo (en particular) y de la iglesia antigua (en general) se retrata en la siguiente declaración de Crisóstomo:

La negligencia [de la educación] de los hijos es uno de los pecados más graves, y es el más alto grado de impiedad. Y para no dar la apariencia de que estoy

llegando a conclusiones infundadas, lo demostraré con la experiencia, para que sepáis que, aunque tengamos todas las cosas [materiales] que necesitamos, y las hayamos organizado bellamente, estaremos sujetos al peor de los castigos si no cuidamos de la salvación de nuestros hijos.¹³

El Enfoque de los Reformadores al Ministerio de Niños

En muchas maneras, los reformadores de la iglesia del siglo XV han dejado huellas indelebles en la misión y el ministerio de la iglesia universal. Las familias cristianas y sus creencias, estilos de vida y praxis han recibido esa influencia desde aquel entonces hasta la época actual. Tras el cisma en la Iglesia católica, y por cuanto los niños eran vistos como la esperanza de su posteridad, los reformadores —tales como Lutero, Calvino, Zwinglio y [Menno] Simons— tenían el interés de que se les criaran y educaran con principios bíblicos sanos.

Los primeros reformadores, tales como Lutero, Calvino y [Menno] Simons sostuvieron categóricamente que los hijos tenían la responsabilidad de honrar, respetar, obedecer y ayudar a sus padres. Además de esto, sostuvieron que los padres tenían igualmente el deber de *amar, criar y disciplinar* a sus hijos; esto se hacía a fin de proteger a los hijos y construir una comunidad estable, especialmente tras el cisma. Cabe mencionar que tal responsabilidad incluía a los niños concebidos y nacidos fuera del matrimonio. Se esperaba que los padres “piadosos” criaran a sus hijos en lo físico y lo espiritual; esto incluía una disciplina estricta pero compasiva. Calvino escribió: “A menos que los hombres consideren a sus hijos como regalos de Dios, serán [padres] negligentes y estarán poco dispuestos a proveer para su sustento” (citado en Pitkin, pág. 171).

La Afirmación del Valor de los Niños en la Historia de la Iglesia de Dios de la Profecía

Desde sus inicios, la Iglesia de Dios de la Profecía ha tenido en alta estima a los niños. Ya para 1906 se pueden encontrar discusiones sobre el discipulado infantil en una Asamblea oficial. Estos primeros diálogos solían incluir discusiones sobre la Escuela Dominical o algún otro [ministerio] auxiliar. Pero a partir del contexto, es evidente que los niños eran el enfoque principal:

Estamos a favor de este servicio importante como un medio para enseñar a los niños a reverenciar la Palabra de Dios y la casa de adoración, y también para elevar la moral de la comunidad. Por lo tanto, le parece bien a esta Asamblea recomendar, aconsejar y exhortar a cada iglesia local a que celebre la Escuela Dominical cada domingo, durante todo el año.¹⁴

A medida que la iglesia se expandía rápidamente, también ampliaba sus ideas y conceptos con respecto a los niños. Aunque la Iglesia de Dios de la Profecía estaba echando raíces en las áreas rurales del sudeste de los Estados Unidos, durante un tiempo en que la cultura de esa región creía que los niños requerían muy poca atención, la iglesia se encontraba en oposición a la norma cultural. Un buen ejemplo del desarrollo de este concepto se encuentra en un sermón de A. J. Lawson. Su sermón, pronunciado ante la Asamblea de 1912, es notable por sus ideas progresivas sobre los niños en la Escuela Dominical, a la cual compara con un vivero lleno de plantas jóvenes y tiernas. Tal vez, sus declaraciones más sorprendentes son aquellas en las cuales critica la “idea superficial” de que se ha alcanzado una meta adecuada si se logra hacer

que los niños se tomen asiento y se queden quietos para oír la lección. Él ve en los niños lo mejor de una semilla valiosa, la cual, si se le da la atención debida, llegará a ser una gran cosecha. A continuación presentamos una cita de su discurso:

Comenzaré con una pregunta. ¿Qué relación tiene la Escuela Dominical con la iglesia? Es el “vivero” de la iglesia. Nunca me había dado cuenta de la necesidad de un “vivero” hasta que visité una gran floristería. El encargado de la misma me dijo que a los frutos se les saca las semillas, para luego sembrarlas. Ellos dependen de la germinación para obtener el fruto. Desde entonces, he pensado que debemos traer a la Escuela Dominical todo el “material” que podamos encontrar, sin importar lo que sean, y [luego] veremos si no podemos formar a hombres y mujeres firmes de carácter limpio y puro para Cristo. En unos pocos años, la iglesia buscará a nuevos miembros de entre las filas de la Escuela Dominical. Los maestros no están prestando atención suficiente a la salvación de sus pupilos. Se piensa que todo andará bien siempre y cuando la clase tenga a una persona delante de ella, y los niños no se comporten demasiado mal. Tal idea, sin embargo, es de carácter equivocado. El maestro tiene en sus manos las vidas de niños y niñas, los cuales se sentarán un día en los sitios de autoridad, y la vida en el más allá depende mayormente del entrenamiento [recibido] en la Escuela Dominical.¹⁵

A partir de ese momento, se le dio mucho énfasis e impulso a las escuelas dominicales como un medio para alcanzar a los niños. Apenas un año después de esto —en la Asamblea de 1913—, la iglesia comenzó a sentir una gran carga y se sometió al Espíritu Santo, lo cual produjo gemidos, lágrimas y oraciones por el alcance a los niños. La iglesia oficial quería una Escuela Dominical en cada pueblo.

Tras estos primeros años, la Iglesia de Dios creó y propuso muchas maneras de alcanzar a los niños con el evangelio de Jesucristo. Se crearon y promovieron programas tales como “Matrícula Infantil”, “Banda de Espigadores”, “Escuelas Bíblicas de Vacaciones”, “Banda de Líderes Victoriosos” y los campamentos de jóvenes. Los niños se sintieron animados y esperaban recibir las plenas bendiciones de Dios.

En la [segunda] epístola de Pablo a Timoteo hay una clara indicación de la importancia de criar a los hijos en la fe. Cuando el padre espiritual de Timoteo habla de la fe “la cual residió primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice” (2 Timoteo 1:5, RVA 1909), hace una clara alusión a los beneficios de exponer a los niños [al temor de] Dios desde una temprana edad. En muchas áreas de la IDP, hemos tenido una maravillosa tradición de criar y formar a los niños en Jesucristo. Muchos de nuestros más grandes líderes son el producto del gran valor que hemos atribuido a los niños en nuestra comunidad de fe. Gracias a Dios, tenemos una robusta tradición de ministrar a niños y reconocer el valor de ellos. Sin embargo, para ser sinceros, tenemos que reconocer que no hemos tenido la misma diligencia en tiempos recientes. Por lo tanto, tenemos que seguir fomentando una mayor conciencia del discipulado intencional y de la necesidad de proveer mejores instalaciones y ministros para los niños. Además, debemos proveer un entorno y actitud de aceptación que reconozca el inmensurable valor de los niños para Dios, para nuestras familias, para esta iglesia, y para nuestras comunidades.

El Testimonio de la Praxis

La Presencia y Obra de Dios: Concepción, Infancia y Presentación de Niños

La concepción no es solamente el comienzo de la vida física de un niño, sino que también es el comienzo de su vida espiritual. A través de las Escrituras nos encontramos con ejemplos de esta verdad. El Señor dijo a Jeremías: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que salieses de la matriz te santifiqué” (Jeremías 1:5, RVA 1909). Y David declara: “Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas” (Salmo 139:16, RVA 1909). Isaías 49:1 (RVA 1909) dice: “Jehová me llamó desde el vientre; desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria”. A partir de estos versículos bíblicos, entendemos que Dios está presente y que está obrando aun desde antes del nacimiento de un niño. Por causa de este concepto bíblico, la iglesia puede proclamar el valor, y proteger la vida, de los que están por nacer.

La infancia es un tiempo para que los padres y el infante desarrollen una relación de confianza. Tal relación se desarrolla mediante caricias, tono de voz cariñoso y reacciones apropiadas y oportunas a las necesidades físicas del infante. Una sólida relación entre el infante y sus padres establece el fundamento para todas las relaciones [interpersonales] futuras. A medida que los padres desarrollan esta relación de confianza al saciar las necesidades físicas del niño, también deben prestar atención a su desarrollo espiritual.

La iglesia también tiene un rol importante que desempeñar durante la infancia. Ella le provee apoyo y guianza a los padres de infantes y niños pequeños. Ella declara el amor de Dios por el infante al proveer un entorno seguro y amoroso en el cual se sacian sus necesidades y se enseñan —mediante métodos apropiados para su edad— las verdades fundamentales sobre quién es Dios.

La presentación de infantes o niños refleja el compromiso de los padres para con el desarrollo espiritual del niño. Es una ceremonia en la cual los padres creyentes, y a veces las familias enteras, se comprometen delante del Señor a sujetar a un niño a la voluntad de Dios, y a criarlo en conformidad con la Palabra de Dios y Sus caminos. Aunque la dedicación de niños no sea un mandato bíblico, sí podemos ver un ejemplo en la dedicación del niño Samuel por parte de su madre Ana. Ella, de manera intencionada, devolvió su hijo al Señor, en cumplimiento de un voto que hizo mientras oraba en el tabernáculo (1 Samuel 1:11). Las palabras dichas por Ana, cuando trajo su hijo al sacerdote Elí, expresan aquello lo cual debe ser el deseo sincero de los padres creyentes. “Por este niño oraba, y Jehová me dió lo que le pedí. Yo pues le vuelvo también á Jehová: todos los días que viviere, será de Jehová” (1 Samuel 1:27, 28, RVA 1909). La presentación de niños o infantes consiste en un compromiso que los padres contraen, delante de la comunidad de fe, de aceptar su responsabilidad bíblica de amar a Dios, guardar Sus mandamientos en sus corazones, y enseñarlos a sus hijos por medio de la instrucción y ejemplo diarios (Deuteronomio 6:4-7).

La presentación de niños también permite que la comunidad de fe cumpla con su compromiso y responsabilidad para con el niño. Existen pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento que nos ayudan a entender que la comunidad de fe (la iglesia local) debe rodear la familia y darle amor, apoyo y guianza. La comunidad de fe tiene la responsabilidad de contar a la generación venidera (infantes, niños y jóvenes) las obras de Dios (Salmo 78:4). Tiene la responsabilidad de ayudar a los niños a alcanzar la madurez espiritual (Efesios 4:12, 13). Y también tiene la responsabilidad de preparar a los padres para la obra del servicio al cual Dios

los haya asignado, a fin de criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor (Efesios 4:12; 6:4).

La presentación de niños no garantiza su salvación. Un infante no tiene la capacidad de entender lo que significan el pecado, el perdón y el sacrificio que el Salvador hizo por nosotros, ni lo que significa tener una relación personal con Jesucristo. La presentación de niños representa un compromiso que contraen la familia del infante y la congregación. No es una decisión tomada por el infante; y por lo tanto, no se puede considerar como una consecuencia de la salvación. Sólo cuando el niño comprenda que él/ella es un pecador, admita voluntariamente su pecaminosidad, y crea en Jesús como su Salvador, podrá ser bautizado como testimonio de su decisión personal de seguir a Cristo.

El embarazo, el nacimiento y la infancia son ocasiones importantes en las cuales la iglesia local puede afianzar el valor de los niños y confirmar la obra de Dios en sus vidas. Este concepto de la presencia y obra de Dios en la vida de los que aún no han nacido, y de los infantes, hace lo siguiente:

Provee un fundamento bíblico para que la iglesia proclame y proteja el valor y la vida de los que aún no han nacido.

Ofrece a los padres, mediante el proceso de presentación del niño, la oportunidad de comprender y aceptar su responsabilidad bíblica (Deuteronomio 6:4-9; Efesios 6:4), y comprometerse públicamente a cumplir con esa responsabilidad.

Ofrece a la iglesia la oportunidad de celebrar la vida y comprometerse públicamente a juntar esfuerzos con los padres para cultivar la fe [presente] en el alma de cada niño.

Manda a la iglesia a cumplir con su rol de preparar a las familias cristianas para la “obra del ministerio” que Dios tiene para ellos, esto es, la formación espiritual de sus hijos (Efesios 2:10; 4:12; 6:4). La iglesia acepta la responsabilidad bíblica de proveer orientación, herramientas de crianza pertinentes, y un sistema de apoyo relacional a las familias que están por tener hijos y las que están por adoptar, al igual que para las familias con niños pequeños.

Manda a la iglesia a que afirme el valor y la vida espiritual de los infantes y los niños pequeños mediante la provisión de la instrucción bíblica [que sea] apropiada para su edad, efectuada en un entorno amoroso y seguro.

La Respuesta del Niño

Salvación

Dios desea [tener] una relación con cada niño, y está llamando a todos los niños. Aun los niños que no hayan sido expuestos a la enseñanza bíblica pueden percibir la presencia y el amor de Dios mediante la creación (Salmo 19:1-3), las circunstancias y las relaciones [interpersonales].

¿Puede un niño ser salvo? Un paso importante al responder a la presencia y obra de Dios es la confesión de pecado y el arrepentimiento que trae salvación. Algunos individuos cuestionan el que un niño pueda ser salvado. Dudan que un niño tenga la capacidad intelectual o comprensión espiritual para entender las verdades bíblicas de la salvación. ¿Cuál es el requisito para ser salvo? En Mateo 18:6 (RVA 1909), Jesús describe a los niños como “estos pequeños que creen en mí”. Cuando el carcelero de Filipos le preguntó a Pablo y a Silas: “Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?”, Pablo le contestó: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa” (Hechos 16:30, 31, RVA 1909). De acuerdo con este versículo, y otros tales como Juan 3:16, el requisito para ser salvos de nuestros pecados es creer en Jesús. Si los niños pueden creer (Mateo 18:6), entonces quiere decir que los niños pueden ser salvos.

¿Por qué necesitan ser salvos los niños? Romanos 3:23 confirma que todos somos pecadores, incluso los niños. Los niños han heredado una naturaleza pecaminosa debido a la desobediencia de Adán (Romanos 5:12). Por causa de la naturaleza pecaminosa, los individuos —incluidos los niños—, realizan actos pecaminosos.

¿Cómo puede un niño ser salvo? Las Escrituras nos enseñan que, cuando cobramos consciencia de nuestra pecaminosidad, tenemos que responder correctamente (Hechos 2:37; 16:30). El arrepentimiento es la respuesta correcta del niño tras percibir su pecaminosidad consciente y deliberada. El arrepentimiento precede al cambio del corazón y del estilo de vida. Los niños pueden confesar sus pecados a Dios. A fin de poner el fundamento bíblico que capacite al niño para responder apropiadamente tras cobrar consciencia del pecado, debemos enseñar las siguientes verdades bíblicas:

Quién es Dios, incluidos la santidad de Dios y el amor de Dios

La naturaleza del pecado y la necesidad de un Salvador

La provisión hecha por la muerte de Cristo en la cruz

La respuesta que el niño debe dar

La seguridad de la salvación

Experimentar una Vida Santificada

La palabra griega para ‘santificar’ es *hagiazó*, la cual significa ‘separar’ o ‘apartar’. A través de la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento, las personas, los lugares y los objetos eran apartados por Dios con el fin de que Sus propósitos fuesen logrados. Los niños que creen son también “apartados” mediante la santificación. (Véase, en la sección “El Testimonio de la Biblia”, la subsección titulada “Los Niños [son] Apartados”).

Aunque sean “apartados” por medio de la santificación, los niños siguen experimentando una lucha interior. Es una lucha entre su naturaleza dirigida por el Espíritu (la cual quiere agradar a Dios) y su naturaleza egocéntrica (la cual quiere hacer lo que le resulte [simplemente] placentero). Pablo entendía este conflicto, y lo describió en Gálatas 5:17 (RVA 1909) de la siguiente manera:

Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una á la otra, para que no hagáis lo que quisierdes.

Este conflicto interior puede ser perjudicial para los niños creyentes. La lucha contra el pecado puede hacerles dudar de su salvación y de su capacidad de vivir vidas que sean agradables a Dios. Para que los niños puedan experimentar la vida cristiana victoriosa y llegar a ser plenamente maduros, tienen que comprender el papel que desempeñan en la santificación y participar plenamente en el proceso de santificación.

Aunque la santificación sea una obra que Dios realiza continuamente en el corazón del niño, el niño tiene la responsabilidad de poner de su parte en el proceso de santificación. El niño creyente tiene que aprender a entregar su voluntad a Dios para que Él tenga el señorío sobre las áreas particulares de su vida. Mediante la oración de arrepentimiento, los niños pueden limpiarse de los pensamientos, deseos, actitudes y actos pecaminosos. Los niños pueden colaborar con Dios en el proceso del crecimiento espiritual al participar de las disciplinas espirituales tales como la oración, la lectura de la Palabra de Dios, la adoración, el servicio, el ayuno, los retiros, etc.

Los niños pueden aprender qué es la tentación y cómo responder a la misma. Los niños pueden aprender por qué a veces “ceden” a la tentación. Se pueden usar estas experiencias para ayudarlos a entender, confesar y apartarse de los malos deseos que pudieran sentir en el corazón. Los niños pueden aprender a responder correctamente a la tentación, y también pueden aprender a responder correctamente cuando pecan.

Vivir una Vida Llena del Espíritu

Los niños que creen pueden vivir una vida llena del Espíritu. Cada niño que cree tiene la presencia del Espíritu Santo en su vida. Cuando un niño acepta a Jesucristo como su Salvador y recibe de Dios el regalo de la salvación, el Espíritu Santo viene a morar en su vida. (Los pasajes bíblicos que confirman esta verdad incluyen los siguientes: Romanos 8:9; 1 Corintios 6:19; y 2 Timoteo 1:14.)

El Bautismo del Espíritu Santo

Joel profetizó sobre el derramamiento del bautismo del Espíritu Santo, diciendo: “Y será que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños, y vuestros mancebos verán visiones” (Joel 2:28, 29, RVA 1909). Esta profecía, la cual se cumplió primeramente en el día de Pentecostés tras el regreso de Jesús al cielo, declara llanamente que el bautismo del Espíritu Santo es para todas las personas, incluidos los niños. Los padres, pastores y personas que ministran a los niños en la iglesia local deben preparar los corazones de éstos para que reciban el bautismo del Espíritu Santo.

Los niños pueden entender las verdades sobre el bautismo del Espíritu Santo. Cuénteles historias bíblicas sobre la obra del Espíritu Santo y del bautismo del Espíritu Santo.

Cuénteles historias de niños que hayan recibido recientemente el bautismo del Espíritu Santo, e historias sobre la obra del Espíritu Santo en las vidas de los niños.

Cree un entorno de alabanzas [a Dios] el cual permita que los niños se concentren en Dios y expresen libremente su adoración a Él.

El Espíritu Santo viene a nosotros cuando lo pedimos en fe. Aumente la fe de los niños al recordarles que Dios desea darles el bautismo del Espíritu Santo. Exhórtelos a que oren pidiendo el don del bautismo del Espíritu Santo. Use la ilustración bíblica de Lucas 11:9-13 para exhortarles a creer que Dios habrá de contestar esa petición.

Invite a los niños a recibir el don del bautismo del Espíritu Santo. A menudo, el temor y la duda nos impiden que invitemos a los niños a que reciban el bautismo del Espíritu Santo. Tenemos miedo de que los niños no respondan, o de que no sepamos cómo orar con ellos, o de que los niños que sí responden terminen decepcionados. No obstante, es Dios quien tiene la responsabilidad de bautizar a los niños en el Espíritu Santo. Como padres, pastores y ministros de niños, tenemos que poner de nuestra parte: enseñar las verdades bíblicas, crear un entorno de adoración y expectación, e invitar a los niños a recibir lo que Dios tiene preparado para ellos.

Experimentar la Vida Llena del Espíritu

Los niños pueden experimentar la vida llena del Espíritu tras examinar el fruto del Espíritu en sus vidas. La Palabra de Dios nos dice en Gálatas 5:22 que el Espíritu Santo produce el buen fruto en nuestras vidas. Los niños pueden colaborar con Dios al permitir que el fruto del Espíritu Santo germine en sus vidas.

Los niños pueden experimentar la vida llena del Espíritu a medida que reconozcan y ejerzan los dones espirituales que Dios les haya dado para que sirvan a los demás. Tenemos que:

*Proveerles a los niños una gama de oportunidades diversas para que puedan comenzar a reconocer sus dones espirituales.

*Asegurarnos de que estas oportunidades comiencen y terminen con oración, de manera que los niños entiendan que los dones espirituales sólo tienen eficacia si dependemos de la obra del Espíritu Santo a través nuestro.

La Respuesta de la Iglesia

Discipulado

Las encuestas realizadas por varias instituciones cristianas de investigación revelan que la mayoría de los jóvenes adultos que asistieron a la iglesia en la niñez y la adolescencia ya no sirven a Cristo. Sus estilos de vida no reflejan un fuerte apego con la enseñanza bíblica. Tal parece que el ministerio de niños en la iglesia local se ha alejado de su propósito original: llevar a los niños a Cristo y ayudarlos a convertirse en discípulos maduros.¹⁶

Responsabilidad

Para que la iglesia pueda invertir esta tendencia, y desarrollar estrategias que discipulen eficazmente a los niños, tenemos primero que comprender y aceptar nuestra responsabilidad. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen pasajes que claramente hacen recaer la responsabilidad del desarrollo espiritual de los niños no solamente en la familia, sino también en la comunidad de creyentes, o sea, la iglesia local.

El autor del Salmo 78 estaba instruyendo a la comunidad israelita cuando dijo: “Escucha, pueblo mío, mi ley” (v. 1, RVA 1909). Dijo además: “No las encubriremos á sus hijos (la comunidad israelita no encubrirá las leyes de Dios), contando á la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su fortaleza, y sus maravillas que hizo” (v. 4, RVA 1909). ¿Cuál habría de ser el resultado de esto? “Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán, lo cuenten á sus hijos” (v. 6, RVA 1909).

El autor de Efesios describe la responsabilidad de la iglesia en cuanto al discipulado empleando frases tales como “para perfección de los santos, para la obra del ministerio”, “hasta que todos lleguemos á [...] la edad de la plenitud de Cristo”, y “crezcamos en todas cosas en [...] Cristo” (4:11-16, RVA 1909). A menudo inferimos que este pasaje se refiere al discipulado de los adultos y no de los niños. Sin embargo, en los capítulos 5 y 6 de la misma epístola, Pablo da instrucciones específicas a los maridos, las esposas, los padres, los hijos, los esclavos y los amos. La inclusión de los hijos en el discurso paulino indica claramente que Pablo consideraba que los niños eran miembros del cuerpo de Cristo, los cuales tienen necesidad de la instrucción espiritual y la disciplina.

Transformadora

La iglesia no sólo debe hacerse responsable del desarrollo espiritual de los niños y los jóvenes, sino que también debe tener un conocimiento correcto sobre qué es el discipulado. A menudo, la iglesia equipara el discipulado con el conocimiento bíblico. Los programas de niños se enfocan en aprender las historias de la Biblia y memorizar los datos y pasajes bíblicos. Aunque el conocimiento bíblico sea fundamental para el discipulado, la esencia del discipulado no es la información. Jesús no sólo nos pidió que enseñáramos todo lo que Él ha mandado, sino que también enseñáramos a la gente a guardar todo lo que Él ha mandado (Mateo 28:19). El resultado final del discipulado no es el mero conocimiento de todo lo que Jesús ha mandado, sino la obediencia a todo lo que nos ha mandado.

Intencional

Cuando desarrollamos un plan de discipulado para los niños de nuestras congregaciones, debemos tener en cuenta el fin del mismo:

- ¿Qué queremos que los niños sepan?
- ¿Qué queremos que los niños hagan?
- ¿Qué queremos que los niños lleguen a ser?

Para discipular eficazmente a los niños, se necesita tener tres elementos: la oración, la relación y el contenido. Estos elementos no deben aparecer al azar, sino que se deben implementar de manera intencional y estratégica.

Oración

A través de las Escrituras, entendemos que el discipulado transformador es [una] obra de Dios. Filipenses 1:6 (RVA 1909) dice: “Estando confiado de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. Filipenses 2:13 (RVA 1909) dice: “Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Nuestra dependencia de Dios se demuestra siempre mediante la oración. Podemos ver esta dependencia en la persona de Jesús, cuando corrigió a Pedro durante Su última cena con los discípulos:

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandáros como á trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte: y tú, una vez vuelto, confirma á tus hermanos (Lucas 22:31, 32, RVA 1909).

Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearlos a ustedes como si fueran trigo. Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos (Lucas 22:31, 32, NVI).

Los ministerios de discipulado efectivo nacen en la oración y son sustentados por la oración constante. Los individuos y los grupos de personas en la comunidad de fe son quienes oran por los niños. Estas oraciones son constantes y específicas. De esta manera se les enseña a los niños el valor de la oración, aprenden a orar, y toman parte activa en el ministerio de oración.

Relación

Los ministerios de discipulado más eficaces son los ministerios que enfatizan las relaciones. Jesús reconoció la poderosa influencia de una relación. Marcos 3:14 (RVA 1909) dice que Él escogió a doce hombres “para que estuviesen con él”. Ellos se convirtieron en discípulos en el contexto de una relación. Los niños nunca llegarán a ser Cristocéntricos únicamente por medio de programas y eventos, sino que también llegarán a ser verdaderos discípulos en el contexto de las relaciones. Reiteramos que los ministerios de discipulados eficaces tienen que planificar de manera estratégica a fin de desarrollar relaciones significativas entre el niño y su familia, la congregación y los ministros de niños.

Contenido

El último elemento del discipulado es el contenido. Debemos examinar cuidadosamente el contenido que estamos enseñando a los niños porque su sistema de creencias se forma antes de que lleguen a la adolescencia. En el ministerio de niños tenemos la oportunidad de ayudarles a formar un sistema de creencias que esté en armonía con las verdades de la Palabra de Dios.

¿Cómo habremos de hacer esto?

Debemos ayudar a nuestros niños a obtener un conocimiento bíblico completo. Esto va más allá de poder contar una historia bíblica o recitar un versículo bíblico, pues es un conocimiento que incluye lo siguiente:

Comprender las verdades bíblicas principales

Memorizar versículos bíblicos que afirmen estos principios y provean ideas sobre cómo poner en práctica la verdad bíblica

Aplicar correctamente las verdades bíblicas a las situaciones de la vida, de manera que las respuestas del niño den honra a Dios

La capacidad de emplear la Biblia y las herramientas básicas de estudio bíblico para que el niño pueda estudiar la Palabra de Dios de manera independiente

Los Niños en el Ministerio

“¿Qué pasaría si lográramos que los niños se animaran a poner su fe en práctica desde una edad más temprana? Quizás la generación venidera se levantaría con el concepto de que servir es simplemente un estilo de vida para el seguidor de Cristo”.¹⁷

A través del Antiguo y el Nuevo Testamento, podemos ver a niños que participan en el ministerio. Miriam veló por su hermano Moisés cuando era apenas un bebé. La muchacha israelita dio testimonio a su incrédulo amo Naamán, y éste llegó a recibir la sanidad. Josías, quien fue coronado rey a la edad de ocho años, trajo reformas religiosas a Israel. Un niño compartió su almuerzo, lo cual permitió que cinco mil personas fuesen alimentadas. Los niños en el templo reconocieron a Jesús como el Hijo de Dios, y exclamaron Sus alabanzas.

El ejemplo bíblico más importante de los niños en el ministerio es, tal vez, el caso del servicio de Samuel en el tabernáculo. Las Escrituras nos dicen que Samuel ministró delante del Señor, y desde niño llevaba puesto un efod de lino (1 Samuel 2:18). Los primeros capítulos de 1 Samuel nos dicen también que Samuel encendía las lámparas y abría las puertas del tabernáculo (1 Samuel 3:15).

El ministerio de Samuel nos ayuda a entender que los niños pueden servir a Dios de manera práctica. Así como Samuel encendía las lámparas y abría las puertas del tabernáculo, así también los niños en nuestras iglesias locales pueden saludar a los visitantes, servir de ujieres, cuidar de los niños más pequeños (con la debida supervisión de un adulto), ayudar con los deberes de limpieza y mantenimiento, servir en grupos encargados de asuntos tecnológicos, y mucho más. Sin embargo, los niños también pueden ministrar delante del Señor, así como lo hizo Samuel. Con un adiestramiento inspirador y práctico, los niños pueden llegar a ser poderosos intercesores, testigos y adoradores. A medida que ellos ministran delante del Señor, podemos ayudarlos a identificar y desarrollar sus dones espirituales, dones tales como dar, presidir, enseñar, pastorear, evangelizar, sanar, y mucho más.

Estadísticamente hablando, es cierto que muchos niños deciden abandonar la iglesia cuando llegan a ser adultos jóvenes. En cambio, ¿qué pasaría si los hiciéramos participar desde niños en la obra del reino? ¿Qué pasaría si los desafiaráramos a descubrir y cumplir HOY el propósito de Dios para sus vidas? ¿Qué pasaría si los invitáramos a ministrar delante del Señor siendo aún niños? Si les enseñamos a participar en el ministerio, no solamente les estaremos permitiendo tener oportunidades para el crecimiento espiritual, sino también para identificar y desarrollar sus dones espirituales.

Recomendaciones

Nosotros recomendamos:

1. Que la Iglesia de Dios de la Profecía dé prioridad a esta faceta del ministerio en la declaración de visión y de misión, de manera que cada iglesia local valore a los niños y fomente el crecimiento espiritual de los tales.
2. Que cada iglesia local evalúe su perspectiva actual sobre los niños y el ministerio de niños, usando una herramienta de diagnóstico que la oficina del Ministerio Internacional de Niños haya puesto a su disposición.
3. Que cada iglesia local diseñe e implemente un modelo de ministerio que incluya la evangelización de los niños inconversos y el discipulado continuo de todos los niños.
4. Que cada pastor defienda la valía de los niños y del ministerio de niños, y que asuma un rol activo para asegurarse de que individuos cualificados dirijan el ministerio de niños.
5. Que cada iglesia local provea un entorno seguro mediante el uso de la Póliza [*sic*, “Política”] de Protección para Niños, Jóvenes y Trabajadores de la Iglesia de Dios de la Profecía.
6. Que cada iglesia local provea suficientes recursos (humanos, físicos y financieros) para respaldar un ministerio de niños eficaz.
7. Que cada iglesia local provea adiestramiento ministerial y desarrollo del liderazgo para aquéllos que ministren a los niños. Los recursos y eventos para ambos están disponibles por medio de la oficina del Ministerio Internacional de Niños.
8. Que cada iglesia local respalde, dé recursos y oriente a las familias, de manera que puedan alcanzar la meta de darle formación espiritual a sus hijos.
9. Que cada iglesia local sea sensible y receptiva a las familias diversas y destruidas.
10. Que cada iglesia local fomente un entorno que invite a los niños a ser salvos, vivir una vida santa, y recibir el bautismo del Espíritu Santo.
11. Que se incorpore a los niños en la vida y adoración de la iglesia local.
12. Que se instruya a los niños creyentes en el significado de los sacramentos (esto es, el bautismo y la Santa Cena) y se les dé la oportunidad de participar, bajo la dirección de los líderes de la iglesia y de los padres cristianos.
13. Que los dones espirituales de los niños sean reconocidos y desarrollados, de manera que estén preparados para una vida de servicio tanto ahora como en el futuro.

Bibliografía

- Bunge, Marcia J. (Editor). *The Child in the Bible*. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2008.
- Catterton Allen, Holly (Editor). *Nurturing Children's Spirituality: Christian Perspectives and Best Practices*. Eugene, OR: Cascade Books, 2008.
- Duckert, Mary. *New Kid in the Pew: Shared Ministry with Children*. Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 1991.
- Lockyer, Herbert. *All the Children of the Bible*. Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1970.
- Stonehouse, Catherine. *Joining Children on the Spiritual Journey*. Grand Rapids, MI: Baker Books, 1998.
- Schuele, Andreas and Günter Thomas (Editors). *Who is Jesus Christ for Us Today?* Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2009.
- Zuck, Roy B. *Precious in His Sight: Childhood and Children in the Bible*. Grand Rapids, MI: Baker Books, 1996.
- Gregorio de Nacianzo. *Homilía sobre el Santo Bautismo* [Homilía #40, párrafo 17], (año 388 d.C.).
- Ireneo, *Contra las Herejías*, Libro II, 22:4 (año 185 d.C.).
- Juan Crisóstomo (fragmento citado en *Christian Reading*, 1838, Parte 4, pág. 242).
- John Chrysostom. *On Vainglory and The Right Way for Parents to Bring Up Their Children*. Translated by Max Laistner. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1951.
- Santa Biblia: Versión Reina-Valera 1909* [RVA 1909].

Recursos en la Internet

http://www.reformed.org/social/index.html?mainframe=http://www.reformed.org/sacramentology/tl_paedo.html, *The History of Paedocommunion: From the Early Church Until 1500* (accedido el 16 de abril de 2013).

<http://www.faqs.org/childhood/Ch-Co/Communion-First.html>, "First Communion", in *Encyclopedia of Children and Childhood in History and Society*.

<http://www.dr-fnlee.org/docs4/cvcc/cvcc.pdf>, *Calvin Versus Child Communion*.

<http://orthodoxinfo.com/praxis/parenting.aspx>, *Admonitions for Parents—Lessons by Our Holy Father, John Chrysostomos on Raising Children*.

¹ *Santa Biblia, versión Reina-Valera Antigua* (Salmo 8:4, 5).

² *Ibíd.* (Salmo 139:15, 16).

³ *Ibíd.* (Salmo 24:1).

⁴ Roy B. Zuck, *Precious in His Sight: Childhood and Children in the Bible* (Grand Rapids: Baker Books, 1996), pág. 82.

⁵ Terrence E. Fretheim, “‘God Was With the Boy’ (Genesis 21:20): Children in the Book of Genesis,” in *The Child in the Bible*, ed. Marcia J. Bunge (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., 2008), pág. 13.

⁶ Marcia J. Bunge, “Children, the Image of God, and Christology,” in *Who is Jesus Christ for Us Today?: Pathways to Contemporary Christology*, ed. Andreas Schuele and Günter Thomas (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2009), págs. 167-174.

⁷ *Ibíd.*, págs. 167-174.

⁸ Warren Carter, “Matthew,” in the *New Interpreter’s Study Bible: NRSV with the Apocrypha* (Nashville: Abingdon Press, 2003), pág. 1178.

⁹ Gregorio de Nacianzo, *Homilía sobre el Santo Bautismo* [Homilía #40, párrafo 17], (año 388 d.C.).

¹⁰ Ireneo, *Contra las Herejías*, Libro II, 22:4 (año 185 d.C.).

¹¹ Juan Crisóstomo (fragmento citado en *Christian Reading*, 1838, Parte 4, pág. 242).

¹² *Ibíd.*

¹³ John Chrysostom, *On Vainglory and The Right Way for Parents to Bring Up Their Children*, trans. Max Laistner (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1951).

¹⁴ *Minutes of the Annual Assembly of the Churches of East Tennessee, North Georgia and Western North Carolina, Held January 26 & 27 1906, at Camp Creek, N.C.* [*Minutas de la Asamblea Anual de las Iglesias del Este de Tenesí, del Norte de Georgia, y del Oeste de Carolina del Norte, Efectuada el 26 y 27 de Enero de 1906, en Camp Creek, Carolina del Norte, en inglés solamente*], pág. 8.

¹⁵ *Minutes of the Seventh Assembly Of the Churches of God, Held at Cleveland, Tenn., January 9-14, 1912* [*Minutas de la Séptima Asamblea Anual de las Iglesias de Dios, Efectuada en Cleveland, Tenesí, los días 9-14 de enero de 1912, en inglés solamente*], pág. 26, párrafos 3 y 4.

¹⁶ Ivy Beckwith, *Postmodern Children’s Ministry* (Grand Rapids: Zondervan, 2004), pág. 9-11.

¹⁷ Jane Carr, “Equipping Children for Ministry,” in *Nurturing Children’s Spirituality: Christian Perspectives and Best Practices*, ed. Holly Catterton Allen (Eugene, OR: Cascade Books, 2008), págs. 198, 199.